



## EL CARDENAL LORENZANA, ARZOBISPO DE MEXICO Y TOLEDO

*El autor de este artículo Carlos Vizueté Mendoza, le explica detalladamente al Cardenal Primado, D. Marcelo Gonzalez y al Presidente de las Cortes Regionales, D. José María Barreda, el contenido de la exposición Castilla-La Mancha y America.*

La conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, ha servido como pretexto para que la Universidad de Castilla-La Mancha rinda homenaje a la figura del Cardenal Lorenzana, arzobispo de México y Toledo, al que le unen estrechos lazos. Y lo ha hecho dando a luz, por primera vez en España, una de las obras mejicanas del Cardenal, la Historia de Nueva España, publicada en México en 1770.

Hablar del Cardenal Lorenzana parece a primera vista una tarea relativamente fácil, si no se pasa de lo superficial, pues a pesar de su importancia está falto aún de una biografía completa. Sin duda es una de las figuras más eminentes y sugestivas de la Iglesia Española del siglo XVIII, y para los mejicanos el mejor prelado de aquel siglo. Pero es, a la vez, uno de los hombres más olvidados. Tras su muerte en el exilio romano, cae sobre él un largo silencio, roto tan sólo hace unas décadas cuando ha comenzado a estu-

diarse, aunque de forma fragmentaria, su personalidad y su obra, siendo tachado de reaccionario por unos y de ilustrado por otros, y esto último incluso con tono peyorativo. Por el contrario, cuanto más se profundiza en su estudio, es un personaje que cautiva.

Don Francisco Antonio de Lorenzana fue un ilustrado y perteneció a ese sector de la clerecía española del siglo XVIII que, como los erasmistas de dos siglos antes, deseaba una Iglesia que viviera una religiosidad interior, con las ceremonias y solemnidades externas que fueron necesarias, pero no más; empeñada en la formación de sus miembros de las fuentes de la Sagrada Escritura y la Patrística y en la lucha contra la ignorancia y la superstición en la que se encontraba sumida una gran parte de la Comunidad. Pretendían una piedad que se alejara de los signos y los gestos rutinarios y fundada en el esfuerzo individual. Y la Ilustración era el medio propicio para alcanzar esto. En definitiva, fue un hombre de su tiempo.

Había nacido en León en el primer tercio del siglo XVIII. Comenzó su educación con los jesuitas de aquella ciudad, que continuó en el Bierzo y con los benedictinos en la Espinareda. Su formación universitaria la inició en Salamanca, siendo colegial de San Sal-

vador de Oviedo, y se licenció en Cánones en Avila, en 1749. Al año siguiente, y sin estar todavía ordenado, ganó la canongía de Doctoral en la catedral de Sigüenza, de donde pasó a la de Toledo de la mano del Cardenal Infante don Luis Antonio de Borbón, en 1754.

En los dos cabildos coincidió con otra figura ilustre de la Iglesia Española, corriendo desde entonces sus vidas caminos paralelos. Se trata de don Francisco Fabián y Fuero, con el que comparte inquietudes religiosas y gustos intelectuales y ambos fundaron -o fomentaron- en Toledo una Academia de Historia. En 1765 fue creada dignidad de la Catedral de Toledo, como Abad de San Vicente de la Sierra y poco después preconizado Obispo de Plasencia, sede en la que permanecería unos meses antes de pasar en 1766 a la silla Metropolitana de México.

En los seis años que permaneció en la capital de Nueva España desarrolló una incesante actividad: recorrió parte de su inmensa diócesis, haciendo acopio de información y documentos, controlando a los encomenderos, reprimiendo la esclavitud y defendiendo para aquel Virreinato la supresión de las trabas fiscales y una mayor libertad de comercio. Todo ello en el contexto de mejorar las condiciones de vida de los mejicanos. En esos años publica una tercera parte de todos sus escritos, entre ellos sus cuatro obras fundamentales, en alguna de las cuales contó con la colaboración de su antiguo amigo Fabián y Fuero, entonces Obispo de Puebla de los Angeles.

Tras la celebración del IV Concilio Mexicano, en 1772, fue promovido a la sede Toledana, donde continuó su labor pastoral, a la que vinieron a añadirse nuevas ocupaciones en la corte madrileña. Los conflictos entre Carlos III y el Papa retrasaron 17 años su acceso al Colegio Cardenalicio, pero su labor como pastor se vio truncada por un oscuro asunto relacionado con la posible bigamia de Godoy que le obligó a marchar a roma en 1797, para renunciar a la diócesis en 1800, después de haber sonado su nombre como posible papa